

Mely del Rosario
González
Aróstegui

*La gestión integral del
hábitat desde la visión
cultural del desarrollo*

Corren tiempos donde el análisis económico de la cotidianidad en Cuba está en el orden del día, como algo inevitable frente a la crisis global. Pero hacer conciencia del sentido capitalista de la modernización a secas, del determinismo económico y la apelación al egoísmo y el afán de lucro como motivaciones, debe ser parte también de este análisis. Esta opinión se torna hoy muy polémica, sobre todo para los que no poseen el «don de la dorada medianía», o sea, saber encontrar los límites y la dialéctica de estos procesos sociales en los que entran a jugar su papel la cultura, la economía y la política. La crisis impone nuevas medidas económicas, que privilegian las operaciones en este sector, y entonces se vuelve a enfrentar un significativo reto: lograr que la visión burocrática, tecnocrática y economicista no se apropie del proceso que se proyecta para la sociedad cubana en lo sucesivo.

El socialismo, enfatizamos, es ante todo un cambio cultural. De aquí que su futuro desarrollo tiene que pensarse sosteniblemente, en todos los órdenes. Por eso, cuando abordamos la necesidad de una gestión integral del hábitat añadimos que ella solo es posible desde la visión cultural del desarrollo propia del socialismo. Una visión que holísticamente se convierta en el «filtro» para contextualizar toda acción tendiente a potenciar el desarrollo humano.

¿Cómo entender y asumir una visión cultural del desarrollo que sostenga equilibradamente la gestión integral del hábitat? Ante todo, hay que considerar que la visión cultural del desarrollo conlleva a un cambio de mentalidad de los sujetos involucrados en la actividad social e impone una conciencia que propicie la sostenibilidad de los proyectos de gestión, para que la relación entre sociedad, individuo y medio ambiente sea efectiva. De aquí que la gestión, como actividad social, tenga que proporcionar la satisfacción y el bienestar espiritual de los hombres. El bienestar dejaría de considerarse un producto del mercado, estaría basado en criterios de calidad de vida que para nada tienen que ver con la acumulación de bienes materiales en menosprecio del desarrollo cultural.

Al asumir la concepción del hábitat con un enfoque holístico e integrador, se hace referencia a un sistema complejo y dinámico, de interrelaciones ecológicas, socioeconómicas y culturales que evoluciona a través del proceso histórico de la sociedad, abarca la naturaleza, la sociedad y el patrimonio histórico-cultural creado por la humanidad en su devenir.

El hábitat construido, como un sistema abierto y complejo conformado por la sociedad, el individuo y el ambiente, es base sustentable del desarrollo humano y es el espacio donde se dan las interacciones sociales e individuales con el entorno. Para habitar, los individuos y la comunidad requieren crear, construir, adaptar, rehabilitar y utilizar los espacios físicos y el medio natural, configurando las viviendas, edificios, ciudades, infraestructuras y demás elementos componentes del medio construido (Proyecto Hábitat 2, 2015).

Es esta una concepción integradora donde se trabaja la educación integral del sujeto como una dimensión más: la capacitación y la formación, pasando de una educación orientada a la preservación del medio, hacia otra más cercana al desarrollo sostenible, que tiene como objetivo principal restablecer las condiciones de interacción hombre-hombre y hombre-naturaleza con un enfoque crítico e innovador.

La Revolución cubana de 1959 planteó la unificación de los objetivos de mejoramiento humano con los de liberación nacional y social. A esa característica hay que referir la grandeza, la fuerza y los aciertos de la Revolución, y también una parte de sus debilidades y errores. La Isla forma parte de la mayoría del

mundo que fue colonizada, neocolonizada y «subdesarrollada» para que el capitalismo pudiera existir y expandirse. Por esa causa, vencer al capitalismo y crear el socialismo era su única opción viable, y no podía esperarse a que todas las condiciones materiales para su conducción estuviesen creadas: para los países que asumen la vía del socialismo desde la perspectiva de las revoluciones de liberación nacional, este constituye la real posibilidad de alcanzar el desarrollo, y no a la inversa.

Pero esto tuvo sus costos, porque si bien es cierto que la Revolución inspiró, exigió o permitió a las personas y grupos sociales mayoritarios lograr esas adquisiciones y transformaciones prodigiosas, también, en ese torbellino, fueron rotas las formas de organización y orden que la burguesía cubana tenía instauradas. Estas «formas», aun con su hipocresía y doble moral, propiciaban una imagen urbana ordenada, buenos modales, normas de convivencia sanas, y disciplina social (Coyula, 2013). Contradicción que hemos tenido que enfrentar desde entonces y que se manifiesta hoy en conatos de indisciplina social.

Así lo reconocía Alfredo Guevara (2003) al decir:

Una revolución es una conmoción tan grande, es un proceso de destrucción y fundación y transformación de valores tan profunda que no puede, sino salvar —en el marco de una generación, o en el marco de un grupo de generaciones entrelazadas—, no puede sino salvar y destruir vidas, salvar y destruir corrientes y puede que en un largo período sea, incluso, difícil fundar.

Se insiste por eso en que es necesario lograr paliativos a esta situación, impactando en las comunidades por diversas vías, entre ellas los proyectos de gestión local.

La defensa de la identidad cultural en este contexto

El problema de la identidad y su incesante construcción es una de las dimensiones más importantes de la visión cultural del desarrollo, donde la belleza en sí misma, como principio sobre el que debe diseñarse toda acción social, no pasa inadvertido. «Solamente ese sentido de la belleza [hacia notar Eusebio Leal Spengler en el 2003], esa fuerza salvadora, esa efusión amorosa, es la que regenerará y abrirá las puertas que queremos para el futuro de nuestro país» (: 118).

Sigue latente entonces la necesidad de luchar porque la belleza, en el proyecto social que defendemos, no sea solo intención, sino que se materialice en cada acción cotidiana, alejada de la chapucería y el mal gusto. Defender la belleza y la alegría en los barrios, en los colectivos laborales, en la sociedad toda, con propuestas atractivas, ajenas a la vulgaridad y a la banalidad que nos acechan. Un proyecto local que aspire a un hábitat sostenible y armónico no puede perder de vista este postulado, insistiendo en que la búsqueda de la belleza no tiene por qué ser derroche de recursos, es optimización y racionalización de los mismos en función del buen gusto y las necesidades vitales de los seres humanos.

La sabiduría martiana también nos conmina en este sentido, analizando el aspecto humano y artístico de esta problemática: «Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana. El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen» (Martí, 1975: 108). Comprende Martí los nexos profundos que hacen de la producción material un factor de enorme importancia cultural, pero con la noción de los vínculos de la producción industrial y material con el arte, subrayando su necesaria interconexión:

Con hacer el arte industrial, y la industria artística, se esparce el amor por la belleza, que es mejorar hombres. Así como una habitación espaciosa invita a la majestad, un objeto bello invita a la cultura. El alma tiene su aire y lo echan así los objetos bellos. (: 108)

El problema de la identidad cultural, sintetizado por Fernando Martínez Heredia en una interesante definición, debe ser un ineludible pilar en el trabajo cultural del hábitat, sin perder de vista lo conflictual de las identidades, los peligros de la dominación, los riesgos de defenderlas desde la cultura, sin reducirlas a «autorreconocimientos, autoctonía y diversidades». Asume así Fernando Martínez Heredia (2011) el reto de la identidad cuando la comprende como:

El peso de una cultura, la posibilidad de que la emoción presida al pensamiento, la fuerza misteriosa que nos legitima frente a tanta modernidad racionalista que nos exige desde su dominio, nos desprecia por no llegar nunca a ser

como ella, y nos seduce desde sus encantos, que son ciertos, y sus mentiras, que son grandes. (: 39)

Otro aspecto importante de la visión cultural del desarrollo es el reconocimiento de la diversidad cultural y de género y la diversidad de contextos.

Si los proyectos de gestión pretenden ser sostenibles, no pueden perder de vista lo diverso de contextos, de identidades, de género, relaciones sociales y códigos estéticos: ese universo de heterogeneidades que llamamos diversidad cultural.

La cuestión aquí sería encontrar el límite y el equilibrio (no siempre encontrado) entre el interés del individuo y el del proyecto colectivo, la fórmula a través de la cual el interés individual se refrenda en el proyecto colectivo y viceversa. Pero esa fórmula tiene que ser inventada y reinventada constantemente, no puede alejarse de las circunstancias y las necesidades de cada contexto histórico. Y esa fórmula, como no es una receta, está sujeta a la inteligencia, la honestidad de las personas involucradas en el proyecto, porque es importante no reducir el «yo» en «nosotros».

La reducción del yo en el nosotros ha constituido un problema muy evidente en Cuba, porque no se ha logrado encontrar la justa medida entre los intereses sociales y los individuales; problema, además, muy generalizado en las sociedades del llamado «socialismo real». El individuo, con sus intereses y sus necesidades, se perdió en el entramado social, provocando exclusiones y rechazos injustificados.

No siempre se tuvieron en cuenta los proyectos personales de los diferentes protagonistas y participantes de la oleada revolucionaria, y en el deseo de satisfacer las demandas y sueños colectivos, se subestimaron al individuo y a su universo de intereses, porque las revoluciones sociales son movimientos con una gran tendencia a unificar las diversidades de sus participantes.

Esta posición se torna cada vez más polémica, porque hay quienes todavía no logran comprender que la inclusión de todos y todas en un proyecto social donde la lucha por la diversidad se colma de sentido político, no tiene por qué conducir a la fragmentación y al individualismo, sino todo lo contrario: debe llevar a una mayor unidad y al colorido rostro de un socialismo más humano, que desarticule todas las formas de discriminación y

promueva la más intensa participación popular en todos los procesos sociales.

La lucha por la diversidad, por su reconocimiento real en el momento de materializar un proyecto social, es un imperativo para asumir, culturalmente, el socialismo y su desarrollo. Atender y comprender lo diferente, he ahí uno de los pilares de esta dimensión.

La visión cultural del desarrollo y la sostenibilidad

El desarrollo sostenible se define como el proceso mediante el cual, de forma sistemática, se crean todas las condiciones materiales, culturales y espirituales que favorecen la elevación de la calidad de vida de la sociedad, sobre la base de la equidad y la justicia. El desarrollo sostenible tiende al logro de una verdadera relación armónica entre la totalidad de los procesos naturales y sociales, garantizando las mejores condiciones de existencia para las actuales y futuras generaciones. En la actualidad este concepto trasciende los límites de la ecología y del pensamiento puramente ambientalista, y constituye en sí un paradigma general (Estrategia nacional de educación ambiental, 1997).

El concepto de desarrollo sostenible tiene la gran relevancia de colocar la problemática ambiental como tema prioritario y reclama la acción global, trascendiendo el presente y proyectándose al futuro, como base esencial de la conservación de la vida en sentido general, y en particular de la propia especie humana. Es así como la capacidad de las futuras generaciones de vivir en una relación armónica con la naturaleza y con las personas, se ha convertido en una aspiración de las fuerzas más avanzadas del progreso social.

Las propuestas para el diseño y puesta en marcha de un desarrollo sustentable, el surgimiento de las diversas teorías de sistemas, los esfuerzos para construir y articular nuevos saberes y ligarlos con los avances y profundización de las ciencias, las luchas por una mayor justicia social y por una verdadera participación de todos los seres humanos en los procesos del desarrollo, son puertas abiertas para ingresar a una nueva etapa de búsqueda de postulados éticos para lograr un equilibrio dinámico y de armonía real entre la sociedad y la naturaleza. Estos principios, que también son parte de una visión

cultural del desarrollo, no pueden obviarse al diseñar la gestión local y comunitaria (Tréllez Solís, s.f.).

El verdadero desarrollo puede requerir crecimiento económico, pero no siempre, o como única medida. Identificar crecimiento económico y desarrollo de manera absoluta es una concepción ya caduca, propia del viejo paradigma desarrollista; asumirlo sería atender exclusivamente a los beneficios inmediatos que pueden proporcionar los mecanismos de implementación económica.

Para que el desarrollo sea efectivo se necesita una ordenación de los valores y criterios que rigen el uso de los recursos y el acceso a los mismos en condiciones de equidad. Por eso, el crecimiento económico no puede romper anárquicamente los límites racionales de capacidad y las posibilidades de un determinado contexto. El equilibrio y la armonía a escala socioeconómica y sociocultural son factores imprescindibles para que el desarrollo sea sostenible y sea sorteado el peligro de atender solo la inmediatez.

Los paradigmas que sustentan el modelo de desarrollo capitalista, dominante en el escenario político, social y económico mundial, han impuesto una determinante hegemónica que configura a la mayoría de los individuos como objetos y no como sujetos del proceso transformador mundial, lo que suscita actuaciones poco comprometidas con la sostenibilidad.

Si aceptamos el hecho de que la sociedad de la globalización es un mosaico de graves desequilibrios territoriales, económicos y humanos, tal y como asevera María Novo (2003), especialista española en los problemas del medio ambiente, tendríamos que plantearnos, al igual que ella, la necesidad de una nueva filosofía del desarrollo que ilumine la toma de decisiones y las prácticas de gestión. Y cabe enfatizar el concepto «filosofía del desarrollo» (no tanto o no solo el de «economía») porque lo que en este momento requiere el planeta es un nuevo esquema de pensamiento integrado que ha de concebirse mediante la interrelación de claves éticas, culturales y científicas, con claves socioeconómicas. Un modelo, en fin, que no puede venir solo de la racionalidad económica.

Parece evidente que la crisis plantea, además, la necesidad de revisar no solo nuestros patrones económicos sino también nuestros enfoques éticos y científicos, que a su vez influyen en

nuestros modelos educativos y culturales, reproductores de tales formas de pensamiento. Se trata, en definitiva, de pasar de los viejos esquemas de dominio a un emergente paradigma social en el que nuestros valores, visiones científicas y modelos económico-sociales se abran a nuevas formas de relación naturaleza-sociedad, que tengan posibilidades históricas de constituirse en alternativas viables a la actual situación en un mediano y largo plazo.

La búsqueda de un nuevo paradigma pasa además por una reflexión sobre la supuesta «neutralidad científica» que algunos defienden y que la lamentable historia de guerras y destrucción ecológica del siglo xx se encarga de cuestionar (Novo, 2003). Coincidimos entonces en que la dimensión científica de quienes investigan y elaboran proyectos de gestión, no puede desligarse de su dimensión humana y social, de su dimensión educativa. Una tarea verdaderamente científica debe estar impregnada de valores, de modo que quien la realice se comprometa no solo con lo que hace sino con los posibles usos y consecuencias de su trabajo.

El reto de imaginar y poner en práctica un nuevo concepto y una nueva gestión del desarrollo, nos conduce, de inmediato, a la recuperación de las grandes preguntas que se perdieron en la trayectoria economicista, interrogantes que deberían informar inexcusablemente cualquier decisión económica: son los «para qué», los «cómo» y los «para quién» del desarrollo (Novo, 2003).

A través de los procesos de capacitación es posible contribuir a la deconstrucción del viejo imaginario de dominación que nos persigue, un mundo en continuo crecimiento y desigual reparto. La capacitación dentro de los proyectos de gestión tiene también el reto y la posibilidad de potenciar los nuevos valores, de imaginar escenarios alternativos.

Las nuevas formulaciones que en este sentido se han ido alcanzando son, por definición, inacabadas, sujetas a una constante construcción y deconstrucción. Ello exige que nuestro acercamiento a esta tarea se realice desde la apertura y la búsqueda, sin caer en dogmas o posiciones extremas y absolutizantes. María Novo (2003) asume que en este nuevo paradigma interpretativo de la realidad, el trabajo científico se impregna de preguntas éticas que nos interpelan constantemente. Desde este enfoque,

el problema es mucho más que una cuestión de eficiencia: es un problema de conciencia. Desde esta perspectiva, esta autora plantea:

Visto así, el nuevo paradigma ambiental es una ocasión para el abrazo tanto tiempo pendiente entre el discurso científico, el mundo de la ética, el contexto cultural, el arte, la historia [...]. Plantea la llegada del sujeto, cargado de valores y responsabilidades, pero también de sueños, de sentimientos, que iluminan y matizan aquello que le dice la razón, para dar cuenta de la vida en toda su complejidad: mente y cuerpo; razón y sentimiento; ayer y hoy; orden y desorden; eficiencia y conciencia. (: 13)

Es por eso que la visión que defendemos está sujeta a los nuevos criterios sobre el problema de la sustentabilidad, alejada del economicismo y la tecnocracia. Consecuentemente, el reconocimiento de que estamos en esa búsqueda nos lleva a no definir de una manera cerrada y acabada los criterios de sustentabilidad, pero sí a observarlos en estrecha relación con el reconocimiento y el respeto de la diversidad, reconocimiento que se concreta de diversas maneras en el uso de los recursos y supone trayectorias culturales y sociales bien diferenciadas según cada comunidad.

Asimismo, es preciso considerar que, si bien la necesidad de alcanzar un desarrollo sostenible es global (es el planeta entero el que necesita situarse en condiciones de sustentabilidad), las propuestas no deben apuntar solamente a la economía mundial, sino también, y muy fundamentalmente, a las economías y las culturas regionales y locales, por lo que se requieren soluciones contextualizadas y articuladas.

El hecho de confundir crecimiento económico con desarrollo ha desvirtuado el concepto de bienestar. Necesitamos transitar hacia estrategias de desarrollo que hagan un uso menos intensivo de los recursos, porque el crecimiento del producto global puede ser empobrecedor cuando provoca la destrucción o el daño de los recursos naturales. Este nuevo enfoque exige cambios de rumbo en los deseos y las preferencias de los consumidores, orientándonos hacia actividades benignas con el medio ambiente, a la vez que se reducen los consumos productivos por unidad de producto final.

Un verdadero desarrollo puede requerir crecimiento económico (especialmente en los países pobres), pero no siempre o no como única medida. El desarrollo implica, fundamentalmente, una ordenación (o reordenación) de los valores y de los criterios que han de regir el uso de los recursos y el acceso a los mismos en condiciones de equidad. Es lo que denominamos visión cultural del desarrollo, una nueva filosofía que apunta hacia la distinción de lo cualitativo, distinción ahogada en los últimos tiempos por las prácticas economicistas, con un modelo productivo que intenta poner precio a todo lo que existe.

Es este el enfoque que habría que imprimirle, en las condiciones actuales de Cuba, a los procesos vinculados al desarrollo del hábitat, donde la sostenibilidad y la creación de una mentalidad de productores y no de consumidores sea de vital importancia para un país que, en la vía socialista, no escapa de la tendencia mundial de la mayoría de los países más desarrollados: la búsqueda del crecimiento económico ascendente como prioridad, en detrimento de la calidad ambiental. Solo superando esta limitación puede aspirarse a que el nivel de vida sea coherente con la calidad de vida de la población, en un ámbito de inclusión, democracia y equidad.

BIBLIOGRAFÍA

- COYULA, M. (2013). Intervención en «¿Valores en crisis?». *Temas*, (75).
- CITMA, CIDEA. (1997). *Estrategia nacional de educación ambiental*.
- PROYECTO HÁBITAT 2. (2015). Implementación de estrategias para la gestión local del hábitat a escala municipal. En *Fundamentos del Proyecto Hábitat 2*.
- GUEVARA, A. (2003). Presentación del libro *Tiempo de fundación*, Iberautor, Promociones culturales S.L.
- LEAL, E. (2003). Andar La Habana Vieja. En *Fundada esperanza*. La Habana, Cuba: Ediciones Boloña.
- MARTÍ, J. (1975). Prólogo a *Cuentos de hoy y de mañana* de Rafael de Castro Palomino. En *Obras Completas*, 5. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.
- MARTÍNEZ HEREDIA, F. (2011). *Sociedad y política en América Latina*. Santa Clara, Cuba: Editorial Capiro.

- Novo, M. (2003). El desarrollo sostenible: sus implicaciones en los procesos de cambio. *Revista Polis*, (5).
- TRÉLLEZ SOLÍS, E. (2002). «La ética ambiental y la educación ambiental: dos construcciones convergentes». En: *Ética, vida, sustentabilidad*. México D.F.: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.